



A 30 años de la muerte de Pablo Neruda

Los guardianes de la memoria

Faride Zerán

La entrada a la Hostería Santa Elena, en Isla Negra, está precedida por retratos que hablan de los momentos relevantes de la historia del Nobel con Matilde. Allí están las imágenes de Estocolmo, con Neruda frente al Rey recibiendo el Premio, o sus momentos en Isla de Pascua, donde junto a la artista Charo Cofré y su marido, el cineasta y documentalista Hugo Arévalo, están filmando a inicios de los setenta un documental sobre la vida y obra del poeta, dirigido por Arévalo, tal vez el hombre que posee los mayores registros filmáticos sobre Pablo Neruda. En el atardecer de febrero recién pasado, los dos están sentados en el comedor principal de la Hostería, frente a una grabadora. Cae la tarde, y en la penumbra ambos van reconstruyendo para ROCINANTE los trazos de una memoria. Memoria política, afectiva y cultural. Es la memoria de la vida y la muerte de Neruda.

Neruda vejado en la intimidad de su casa de Isla Negra, a los pocos días del Golpe cuando un contingente de uniformados sin Dios ni ley registra palmo a palmo la casa del Premio Nobel, mientras él está en cama, enfermo, y Matilde desesperada intenta que Pablo no se dé cuenta. Pero los militares irrumpen hasta en la alcoba, dando vuelta todo y dejando tras sus pasos una estela de caos y violencia. Neruda, en cama ese 18 de septiembre de 1973, luchando contra el cáncer que lo precipita a la muerte, y junto a él Matilde, Charo y Hugo. Un año antes, y como Embajador en París, bailaba cerca con Matilde, moviendo torpemente sus pies y se suelta grima aprisionado en su fuero de Premio Nobel, ahora socollado en traje de huaso, mientras la concurrencia los aplaude y en un rincón de la sala Charo y Hugo tocan interminablemente cuencas, tonadas y todo lo que caiga. Porque Pablo ha decidido transformar en ramada los lujosos salones de la Embajada, y ese par de jóvenes que a esas alturas son dos compinches alojados hace meses en su residencia, han recibido la orden del maestro de no dejar de tocar... aunque se les acalambren los dedos.

A 30 años de la muerte de Pablo Neruda es inevitable no reconstruir esos días con estos dos testigos privilegiados que instalados en Isla Negra son una suerte de guardianes de su memoria. Charo hoy tiene 53 años; diez menos que Hugo. Y este verano sus hijos Violeta y Pablo abandonan sus profesiones para ayudarlos en la Hostería que ahora ha pasado a manos de ella, luego de endeudarse hasta la cama cuando los herederos la pusieron en venta. La izquierda que vive o veranea en el lugar no la quiere, y ella les paga con la misma moneda. La suponen rica, y su casa sobre unas rocas que dinamitó para poder construirla es más modesta que cualquiera de las viviendas de fin de semana de sus compañeros de ideas, y tal vez su posesión más preciada, un cuadro que Homero le regaló cuando tenían La Candelina en Santiago, hoy yace en la bóveda de un banco como garantía por las deudas.

Charo y Hugo continúan hablando en la soledad del gran comedor de la hostería que ahora se llama "La Candelina". La luz sigue apagada. La memoria de septiembre aflora fácil y con ella el dolor del exilio, de los muertos, de los desaparecidos. Es la memoria de la izquierda, la de ellos, pese a que hoy y con cierta soberbia muchos compañeros de entonces los niegan.

El último 18 de Neruda

H: La vuelta de Neruda a Chile está motivada por la situación de salud. Es insostenible seguir atendiendo la Embajada, escribiendo y con el país como en llamas... Pero creo que él se sentía con la obligación de estar acá, y además tenía la tarea de terminar sus memorias. En París, nosotros vimos las primeras carpetas de Confieso que he vivido, que Homero Arce iba ordenando. Uno de los tantos días que estaba reunido con nosotros en la residencia en París, Neruda nos dijo "pasen chicos, entren, que aquí está Homero", y Homero estaba en una gran mesa con una serie de carpetas de cartulina de diferentes colores enumerando los capítulos. Y entonces había un diálogo donde Neruda le decía: "Oye, Homero, ¿cómo se llamaba ese empleado de ferrocarriles que era tan bueno para hacer chistes?", y Homero le recordaba el nombre que permitía ir acollando los trotes

con los datos que faltaban... De manera que vimos en plena producción y sobre una mesa extendida ese libro. ¡Fue notable!

CH: Y cuando regresa don Pablo con Matilde, nosotros ya estábamos en Chile, ellos llegan en diciembre de 1972, y como Hugo filmaba ahora la biografía del poeta, los fuimos a ver varias veces a Isla Negra. Una semana antes del Golpe estuvimos con él y mientras caminaba me comentó que creía que se estaba mejorando porque estaba mafoso. Pero, luego viene el 11 de septiembre, nosotros estábamos en Santiago, vivíamos en Providencia, en Guardia Vieja y salimos de nuestra casa a escondernos a otro lugar, que finalmente fue la casa de Claudio Di Girolamo, quien nos llama y nos dice "soy extranjero, vengámonos acá que no les pasará nada". Luego de tres o cuatro días volvimos a nuestra casa y llega el 18 de septiembre. Entre las miles de noticias que circulaban estaba la de Neruda grave, que parece que se murió y que nadie sabe mucho, y entonces ese 18 en la mañana decidimos ir a verlo. Pensábamos que la casa del Nobel era intocable, y partimos en nuestra cilindrada Isla Negra. Cuando tocamos la campana del portón salió el muchacho que trabajaba en la casa y era además el chófer, creo que se llamaba Manuel. Primero le preguntamos si don Pablo estaba vivo y dijo sí, movió la cabeza, pero enfermo. Entonces le escribimos un papel: "Don Pablo, vámonos a verlo, queremos saber solo si usted está bien". El toque era a las 2, o a las 4 de la tarde, y eran las once de la mañana. Entonces el muchacho va corriendo con el papel, vuelve a los segundos y nos dice "don Pablo quiere que se queden y que entren el vehículo porque los han venido siguiendo y han tomado la potente". Entramos, subimos corriendo al dormitorio, él nos ve llegar y dice "chicos, este es el final". Estaba en su cama, y Matilde al lado de él.

Imágenes de su lecho de enfermo

H: Estaba viendo televisión, y pronto iba a comenzar el Te Deum. Mientras, transmitían imágenes del saqueo a la casa de Allende en Tomás Moro y entonces Neruda le hablaba al televisor y argumentaba: "¿Por qué Salvador no va a tener ropa, ternos si era el Presidente de Chile? ¿Por qué no va a tener pollos?... Era un momento muy fuerte, y cuando comienza el Te Deum ve que asisten los ex Presidentes, y aparecen Frei, González Videla y Alessandri. Cuando los entrevistan, el único que tiene una actitud de no alegría era Alessandri, quien replica al periodista cuando le preguntan sobre la situación que se vive un "no digo nada, no quiero decir nada", y entonces don Pablo mira a Matilde y le dice "Pase, qué digno estuvo, mándele un telegrama a Alessandri, para decirle que es tan digno". Todo era algo absurdo, no había ninguna conexión, no había teléfono, no había cable, no había nada. Entonces le preguntamos, "Don Pablo, ¿lo han molestado?", y él decía "no, nada, aquí no me han molestado". Pero en un momento Matilde le dice, "Pablo, por qué les escondes lo que pasó. Ellos vinieron y registraron la casa, voy a ver cómo está la casa, no allanaron".

CH: Habían ido a allanar la casa de Isla Negra y registraron todo. Estaban los baúles, las cosas que habían llegado de París pero todo había sido dado vuelta y registrado. Eso fue muy doloroso para

Los guardianes de la memoria y los últimos días del poeta
[artículo] Faride Zerán.

AUTORÍA

Zerán, Faride, 1949-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los guardianes de la memoria y los últimos días del poeta [artículo] Faride Zerán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile